

LOS LUNES DE EL IMPARCIAL

AÑO LV

MADRID, 5 DE JUNIO DE 1921

NÚM. 19.450

POR LOS RINCONES DE LA HISTORIA *Todo lo puede la intriga*

COMENZABA el abril florido y bello con ansias de verano, que era gala de la tierra.

Las verdes riberas del Manzanares,

to. Rigió los negocios de España en Sicilia y Nápoles, teniendo la más escogida corte que pudiera soñar un soberano, pues que toda ella estaba compuesta por artistas y poetas, entre los que privaba como sol de todos D. Francisco de Quevedo y Villegas, que también sufrió persecución por la injusticia, muriendo pobre y olvidado.

Más de un año hacía que D. Pedro Té-

eran tan ricos, que a los del mismo monarca hacían sombra, y más satélites tenía en su alrededor que Febo, padre del día.

Las envidias, que tan villanamente habíanle arrancado de los virreinos de Italia, comenzaron de nuevo a hincar el diente en su fama, diciendo que tanto lujo y desmedida ostentación no podía ser otra cosa que lo que había estafado

y que no hay paciencia ni decoro que puedan consentirlo? Trátele, señor, como tiénese merecido; mire que algún día puede caer en ello Su Majestad y dará en pedirle cuentas.

Y cuando el malquerencioso faltase, allí estaba la sátira venenosa de algún poetilla postergado por el de Osuna, que tras de burlarse con no mucho ingenio de la cohorte poética de Su Excelencia,

finaba con llamarle ladrón y otras lindezas, que hacían aparecer vida tan honrada e ilustrada como fruta de cueiga.

Uno y otro día tejiendo tan malas voluntades en el ánimo encomado del Conde Duque, dieron por resultado el florecimiento de la intriga, que vino en fin a perder al viejo ministro de Felipe III.

Secretamente, como proceso de Estado, llevóse a cabo este asunto; tanto, que teniendo el de Osuna muchos amigos, no hubo uno solo que pudiera advertirle del grande riesgo que corría.

Tranquilo hallábase en su mansión, empleado en el recreo de sus más valiosas e insignes amistades (que eran los libros), la noche del 7 de abril de 1621, cuando unos fuertes aldabonazos, dados en el postigo, vinieron a alborotarle la atención del estudio.

La forma de llamar era tan recia y descortés, que no daba lugar a presumir que la mano alborotadora fuese muy amiga.

Quitó los ojos del libro y esperó.

Volvió el estrépito, y al poco advirtió el descorrer de cerrojos, el chirriar de cadenas y el girar del pesado postigo. Voces de gente descomedida, tintineo de espuelas y ruido de arneses.

—Señor— exclamó un paje, entrando en la estancia ducal todo azorado y medroso—, salve la vida vucencia, que vienen a prenderle.

—¿Quién?— preguntó el prócer.

—Tropas de Su Majestad— respondió el mozo.

Y a este tiempo entraba descortésmente en la cámara don Agustín Megía, consejero de Estado, y el marqués de Tovar, capitán de la guardia.

—En nombre del Rey, señor don Pedro—dijo éste—, daos preso.

—¿Por qué?—inquirió Su Excelencia.

—Eso, ya lo sabrá—contestóle el consejero—. A nosotros no nos cumple más que esto.

El aposento habíase llenado de gente de armas que rodeaban al duque, y sin



le asistía en la corte pretendiendo que se le hiciera justicia del abandono de su persona y desprecio de sus méritos en que le tenía Su Majestad.

Por mejor olvidar las pesadumbres, ostentaba los pudorosos ocasos de su grandeza, que fué extremada y se hizo famosa, llegando a ser escándalo de ta- caños y sombras de pródigos.

Su indumentaria, su mesa y su tren

al Tesoro real, y que por hartos menos había muchos infelices remando sin sueldo en las galeras del Rey.

Raro era el día que no escuchara Olivares la voz de algún maldiciente que dijérale:

—Pero, vucencia, señor don Gaspar, férreo sostén de la corona de España, ¿no tiene ojos para ver que ese hombre es el cinismo que anda suelto por la villa

marrojo aprendiz de río..., comenzaban a verse pobladas de gente bullanguera que en el rasgueo de las vihuelas, en la donosura de las doblas y en la agilidad de los pies (que en los bailes al uso se trenzaban) querían solaz y esparcimiento, aunque no tan pacíficamente que no acabaran por salir con los cascos rotos.

Lo más granado de la corte, y aun los mismos soberanos, acontecían tener a bien el co- dearse con el pueblo y gustar de lo agradable de la estación y algazara franca, como en la gente madrileña es costumbre.

El soberano era joven y tenía despierto humor. No parecía sacar la vena hurañá de su abuelo ni la fanática de su padre.

Felipe IV sólo recordaba al autor de sus días en la indolencia y en el poco amor al oficio, pues entendía que el ser primer ciudadano de un reino consistía sólo en hacer cuanto viniérale en voluntad y exprimir al pueblo hasta la última gota de sangre, teniéndole muy sin cuidado que a la sombra de su abulia medrasen la intriga y el crimen.

El Conde Duque de Olivares fué rey de España; a su antojo y codicia estuvieron sujetos por muchos años los destinos de esta malaventurada y su- trida república.

Fuó el primer cuidado del favorito el de perseguir y anular a cuantos medraron en el reinado anterior; y aunque preciso es reconocer que en algunos, como el duque de Uceda, hizo justicia al darle la cárcel por cabo de la vida y antesala de la muerte; en otros, como el magnífico don Pedro Téllez de Girón, duque de Osuna, dió rienda suelta al rencor y a la envidia.

Sabido es que este ilustre magnate, a quien tanto deben las doradas letras de entonces, por haber sido amparador y mecenas de los más notables ingenios que a este tiempo brillan en las cumbres del Parnaso con luz clarísima y propia; tuvo durante la monarquía del otro rey grande influencia y notable predicamen-

Permitirle tomar otras prendas de su vestido que la capa y el sombrero, pusiéronle en medio y salieron con él.

La intriga y el rencor habían triunfado.

Mal le supo al pueblo esta determinación tan fuera de tiempo, y extrañóse mucho de que no hubieran tenido en cuenta los grandes servicios que tenía prestados a la corona; y diz que muchos de los que antes preguntaban: «¿Por qué

no se le prende?», decían después: «¿Por qué no se le suelta?»

También el luminoso sagitario de los espejuelos, D. Francisco de Quevedo, padeció pena de prisión y confiscación de bienes por su alma esclava del amor del Duque, que de bien nacidos es el seguir la senda de los bienhechores, así en la ventura como en la desgracia...

Diego SAN JOSE

CURIOSIDADES LITERARIAS

Un «clavo» saca otro «clavo»

HACE tiempo, al ponderar yo la emocionante narración *El Clavo*, de don Pedro Antonio de Alarcón, alguien me dijo que no era enteramente original del celebrado autor de *El sombrero de tres picos*.

Efectivamente, es una obra mejorada por nuestro gran novelista, y precisamente por eso le sigo admirando y me deleitan más la traza y arquitectura de la obra, indiscutiblemente suya, sin perjuicio de haber tomado los materiales de otro autor.

El hecho en sí no tiene importancia.

«¿Qué idea, sabia o necia, no tiene su antecedente en el pasado?», observaba ya el famoso Goethe en la introducción del *Fausto*, anticipándose a un cargo de sus émulos.

Las ideas están en el espacio.

El problema de la originalidad literaria se ha planteado, por lo demás, siempre muy mal.

¿Hasta dónde somos originales?

Cuando sepamos distinguir exactamente lo accesorio de lo principal, y lo principal de lo secundario, se podrá saber el dominio de las cosas.

En cuanto al dominio de los hombres, hay quien no tiene más extensión que su cuerpo, y hay quien llega a lo infinito y vuelve todavía.

La fábula original es un grano de mostaza como el de la parábola evangélica, y como el mismo grano lo es en la realidad de la naturaleza: una cosa insignificante, pequeña, que puede adquirir grandes proporciones gracias a un sabio e inteligente cultivo.

El grano que nuestro D. Pedro Antonio de Alarcón transformó en árbol magnífico y corpulento, dispensador de sombra, albergue de los pájaros, promovedor de las lluvias, Narciso del arroyo que lo regaba, fué pequeño, muy pequeño. Y por haberlo hecho grande y transformado en árbol es por lo que el árbol le pertenece.

Esta manera de adquirir propiedad parece que es la más seria y justa que se conoce en el mundo y la que han practicado, siempre con éxito, en todas las literaturas, los genios más afortunados.

De un grano de mostaza de *Las mil y una noches* sacó Shakespeare *La fiera cilla* de *Comedia*, y Calderón, de otro, *La vida es sueño*.

La semilla en este caso ha sido mucho más pequeña.

Ha sido tomada de *Le Clou (histoire fantastique)*, de Hipólito Lucas, incluida en ocho páginas incompletas del *Almanach Prophetique* para 1843; un tomo en 16.º, profusamente ilustrado por Gavarni, Daumier, Devilly, Breton, Trimollet y otros.

Sucintamente, la historia es así:

Visitando un cementerio, halla un individuo una calavera atravesada por un

clavo. ¿A quién perteneció aquel cráneo? Pues al presidente A..., fallecido una noche de una apoplejía fulminante. Su viuda le lloró diariamente cinco años, al cabo de los cuales se casó de nuevo.

Devuelve el visitante el cráneo al sepulturero y se reserva el clavo.

Si fuera procurador general de la República, denunciaría el hecho. No lo es, y no entregará tampoco al autor del crimen a los Tribunales. Una voz le grita, sin embargo, que puede promover el arrepentimiento del culpable, y sin duda es voluntad de Dios que así lo haga.

CANCIÓN DEL AMOR

— Paráfrasis del Kempis —

Magna res est amor, magnum omnino bonum, quod solum leve facit omne onerosum, et fert aequaliter omne inaequale...

Amor de los amores es suavisima norma de amadores.

De amor el bien divino es entre todas la mayor ventura; llano encuentra el camino; la carga no le apura y le es dulce y sabrosa la amargura.

Nos viste de grandeza, rodeados de azules claridades y fuerte en la aspereza, se nutre de verdades y no quiere ser preso en ruindades.

El que ama, corre y vuela y por ningún temor es detenido; de nada se recela; mas, mudo en el ruido, sólo al silencio entrega su gemido.

Carece de medida y traspasa las cumbres y fronteras; la lucha le convoca, y hallar sabe ligeras rudas labores y congojas fieras.

No le arredra el martirio y nunca lo imposible le retrae; que en el ciego delirio y en las ansias que trae, el que no ama desfallece y cae.

Amor siempre vigila y aun cuando duerma, nunca se adormido, no vacila; [mece: la angustia le engrandece, y, mientras muere todo, él prevalece.

Como encendida llama remóntase a la altura en blando vuelo la voz de aquel que ama: en el sublime anhelo, como celeste voz llega hasta el cielo.

Dilátame en amores, para que pronto aprenda el alma pura,

Un día va a casa de él, mejor dicho, de ellos. Ella, bellísima, sensible, con ese aire de inocencia de los ángeles de Rafael, le recibe acompañada de un hijo de su primer matrimonio. Un niño de corta edad.

—¿De qué se trata?

—De una restitución, sencillamente, señora.

Y para dar más sabor romántico a la escena, el visitante, al ser preguntado quién le confiaba el encargo, contesta con tono sepulcral, poniendo en manos de la señora un estuche que contiene el clavo: —¡La tumba!

Al grito revelador del crimen se precipita un hombre en la estancia.

El final se adivina. El segundo marido desafia al curioso señor, que le mata al primer disparo. Cinco minutos después hay una mujer doblemente viuda, una mujer que pierde la razón, un niño doblemente huérfano y un curioso impertinente lleno de remordimientos, de pesadumbres, criminal también, que no ha sabido ser moral, a pesar de todo, y que ya no pondrá nunca los pies en el cementerio... antes de su muerte.

Las ilustraciones de Trimollet, inocentes y sencillas no van más allá de lo que dice el texto.

El granito de mostaza no es muy grande; pero contiene los principales elementos para provocar la atención de una inspiración de artista, que, desde luego, hubo de conocer el cuento.

cesando sus dolores, cuán suave ventura es amar y fundirse en tu dulzura.

De amores yo cautivo aniquilarme en tu hermosura quiero, allá en el soto vivo, y escuchar placentero la templada armonía del venero.

Cante yo dulcemente; sonríame tu amor, amada mía, que mi alma se siente sedienta de alegría y de amores se muere en la agonía.

Más que a mí mismo te amo, y sólo por ti quíerome, paloma: con arrullos te llamo, que por la verde loma un nuevo sol de juventud asoma.

El amor es piadoso, magnánimo, prudente, fiel, sufrido, constante, valeroso, humilde, agradecido, sereno y recatado en el sentido.

Sumiso y obediente, por siempre ha de guardar la confianza, que es en hora inclemente divina bienandanza, dolor en el amor con esperanza.

Mi voluntad quererte siempre tan sólo sea, amada mía, que no es digno de suerte amor que desconfía y hace del propio ser idolatría.

Sin voluntad, mi amada, tórnase niño, acepta los rigores y entero se anonada, porque el morir de amores es suavisima norma de amadores.

Miguel ROMERO MARTINEZ

El *Almanach Prophetique* era muy popular entre nosotros.

Nuestra literatura de entonces, un poco pobre, recibiendo del extranjero toda la influencia que antes había dado a Byron, a Goethe, a Víctor Hugo, a Dumas, a Mérimée, a todos los grandes escritores del mundo, acogía todas las cosas que venían de fuera, más pedidas por los librerías que por nuestros escritores y lectores inteligentes.

Y como rendíamos culto a todo lo de fuera, y lo más cerca de fuera era lo que venía de la frontera francesa, de Francia recibíamos toda la influencia.

Alarcón, en la *Historia de mis libros*, dice: «Comencé rindiendo vasallaje a Walter Scott, Alejandro Dumas y Víctor Hugo; pero me aficioné después con mayor vehemencia a Balzac y a Jorge Sand, por hallarlos más profundos y sensibles; y los primeros resultados (muy desmechados, como fruto de mi imaginación) de tantas y tan diferentes influencias, fueron *El Clavo*, *El amigo de la muerte*...»

El Clavo, lo fechó Alarcón en Cádiz en 1853, diez años después del cuento de Hipólito Lucas; es decir, cuando tenía veinte años escasamente, y otras obras de mayor importancia que un almanaque solicitaban su atención. De modo que, seguramente, es cierto lo que en otra parte dice, en la misma *Historia de mis libros*, Alarcón:

«*El Clavo* es, por lo tocante al fondo del asunto, una verdadera causa célebre, que me refirió cierto magistrado granadino cuando yo era muy muchacho. Como algunas novellitas mías, primero la escribí y publiqué muy sucintamente, y la desarrollé después en ediciones sucesivas. Ha sido traducida a muchas lenguas, y aun me consta que en Austria sirvió de argumento a un drama, que no sé si se representó. El autor austriaco me escribió, hablándome de su manuscrito, en diciembre de 1868, y después no he vuelto a tener noticia suya ni de su obra.»

El Clavo es, sencillamente, el cuento de M. Lucas, y *El Clavo* de M. Lucas y de nuestro D. Pedro Antonio de Alarcón un ejemplo precioso para ilustrar la emigración de las fábulas y para la verdadera preceptiva literaria en su capítulo del arte de hacer novelas.

Nuestro autor ha añadido elementos novísimos al asunto original, y éste es completamente suyo, como es hijo de su no-driza el que no ha sido criado por su madre.

En literatura, como en pintura, las grandes obras están tomadas del natural, y las cosas más absurdas son las verdaderas creaciones, sin modelo, ni soporte en la realidad.

A M. Hippolyte Lucas, buen escritor, abogado, fundador de la Sociedad de Escritores (gentes de letras), conservador de la Biblioteca del Arsenal, historiador del teatro francés, periodista, colaborador de todos los periódicos de su época, conocedor de nuestra literatura y entusiasta de ella, no creo que se le ocurriese nunca pensar que le hubiera plagiado nuestro magnífico novelista, porque mejoró su obra hasta casi enterrarla para siempre en el olvido.

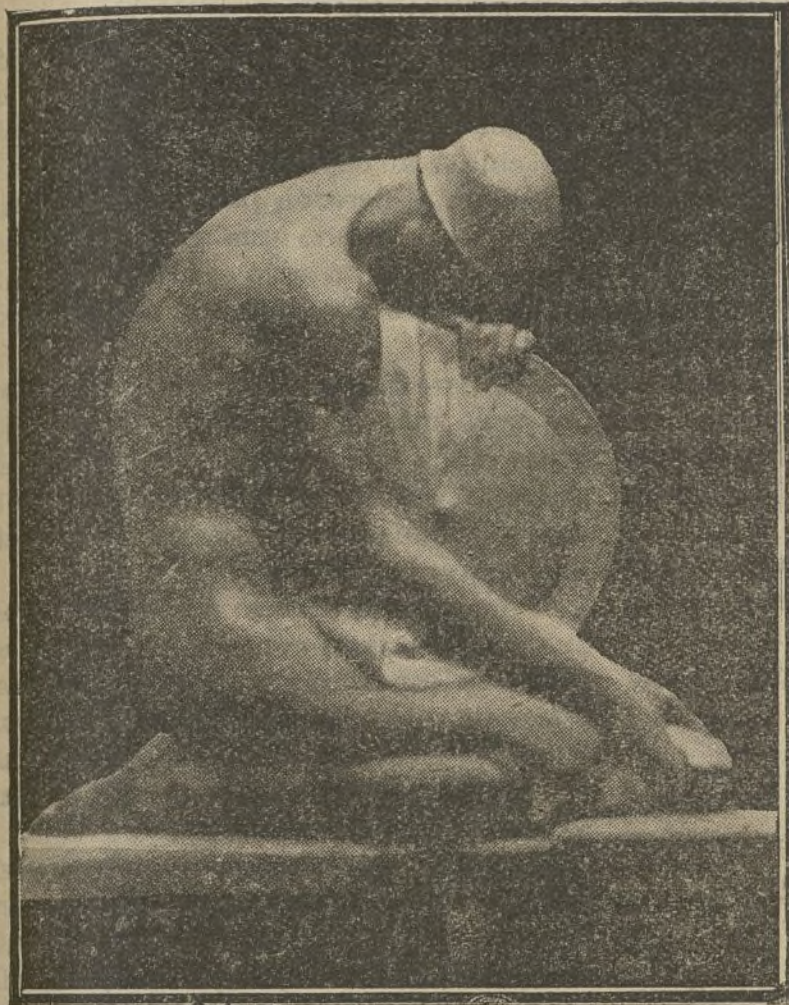
Quizá todo lo que pensó fué acaso que este nuestro D. Pedro Antonio Alarcón tenía más arte que él en sacar de un grano de mostaza un árbol, ya que él, de un árbol de otro Alarcón—curiosa y notable coincidencia—, *El tejedor de Segovia*, de D. Juan Ruiz de Alarcón, sólo pudo sacar un grano de mostaza, que ofreció en París en 1844.

Un clavo saca otro clavo. Y el clavo nuevo que se pone es siempre mejor que el que se había sacado.

Rafael URBANO

LAS CREACIONES DE LA MUERTE

LA ÚLTIMA OBRA DE MATEO INURRIA



LA GUERRA

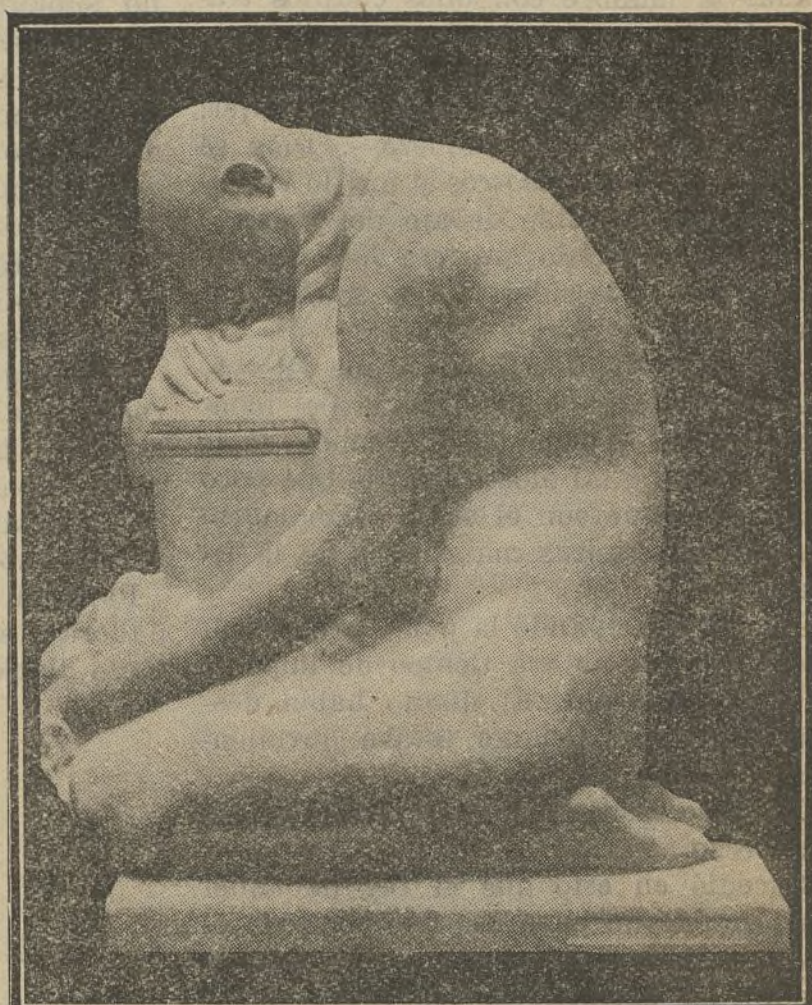
tan inteligente de sus posibilidades y que en su tan pagana adoración viven una vida tan gloriosa e intensa. (Ultimamente hemos visto en el estudio de Inurria, en esta índole de creaciones, una figurita de muchacha adolescente que bien pudiera ser, en la timidez de su gracia, una de las obras más hermosas y fuertes de la estatuaría contemporánea.) De ahora en adelante, Mateo Inurria, además de ser nuestro Clodion — nuestro gran Clodion —, será el autor de este monumento funerario que ha de llevar a América muy alta la fama, antes sobradamente escarnecida con grupos de exportación, de nuestra estatuaría monumental.

La cualidad dominante de este monumento es la tranquilidad, y esto, que podrá parecer pleonismo, tratándose de una obra inspirada en el supremo esta-

actualmente una escuela neo-impressionista de escultura, igual que existe un neo-impressionismo pictórico, y lo mismo que hay pintores que creen fijar la vida porque dicen uno de sus aspectos, hay escultores que creen expresar toda la fuerza de un sentimiento en un gesto que reproduzca parte de su violencia. La pintura, es cierto, admite la impresión, la visión pasajera; mas la escultura, por su misma materia, rechaza lo transitorio y exige lo definitivo.

El pintor puede dejarse llevar de sus sensaciones; el escultor tendrá siempre que recoger estas sensaciones, madurarlas y darlas luego, a su vez, reflexionadas y concentradas, es decir, crecidas en fuerza y en potencia. En su *Historia del Arte* (tomo I), Elie Faure dice que en la época ptolemaica la escultura fué invadida por los intentos y los procedimientos de los pintores.

Las esculturas neo-impressionistas se contorsionan para fijar un gesto; aplica-



EL DOLOR

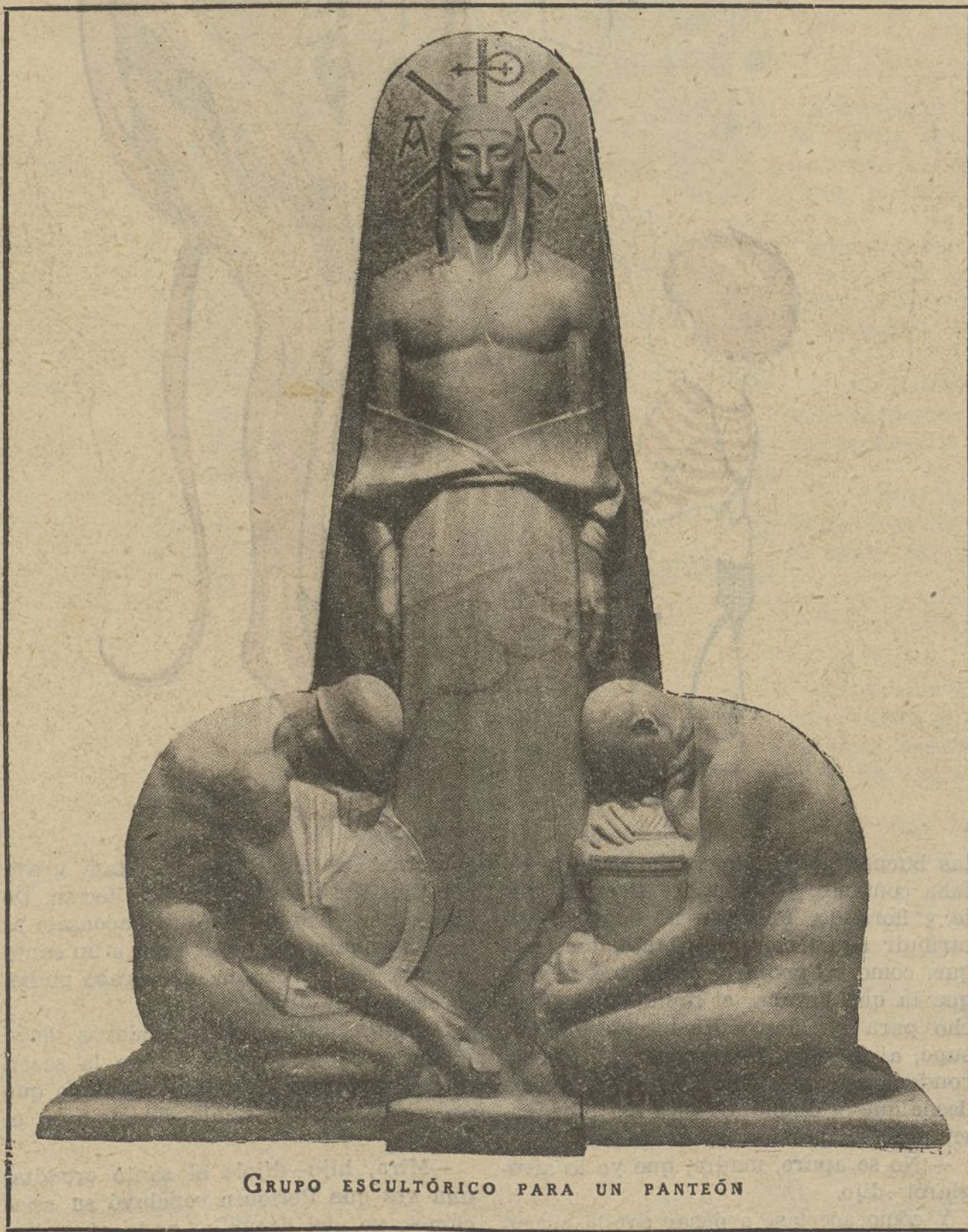
Nosotros, que tenemos detrás una de las tradiciones de escultura funeraria más fuertes y ricas del mundo, no poseamos hoy casi ningún monumento funerario, no sólo bello e importante, pero ni siquiera digno de atención. Julio Antonio hizo el monumento que le reveló y dió gloria ante el gran público, y su obra queda como un grito único, un momento elegido en medio de una soledad espantosa; y en su torno, antes y después de él, sobre esas tumbas de Dios, alegorías más o menos estrafalarias y bustos de ampliación de fotografía, o afectuosos *déplacés*, fuera de época y de ninguna norma, espiritual hoy día consistente.

Por esto gustanos doblemente la última obra de Mateo Inurria, cuyo símbolo trae en verdad esperanzas de resurrección.

Hasta, ahora Mateo Inurria se nos antojaba ser preferentemente algo así como un Clodion nuestro: un Clodion español y siglo XX, es decir, mucho más grave e inquieto que el artista de Trianon. Y no es que Mateo Inurria haya esperado hasta hoy para realizar obras de importancia, (importancia, en el sentido vulgar de tamaño, ya que infinitamente más importante es una figurita de Myrina o Tanagra que todos los grupos colosales, periódicamente descubiertos por plazoleas y jardines). Son varias las obras que atestiguan las dotes monumentales de este artista y su compensación de lo que pudiera llamarse «la composición en grande». Pero, a decir verdad, ninguna nos satisfacía plenamente, resultándonos siempre inferiores a lo mucho que sabíamos podía darnos su autor, a lo mucho que nos daba, en el resto de su producción.

Así es que cuando pensábamos en la obra de Mateo Inurria traíamos a la memoria, ante todo, esos pequeños desnudos femeninos «El deseo», «La parrá», etcétera..., que muestran una ciencia tan completa de la forma, una comprensión

tismo no lo es, ya que, precisamente para expresar el dolor de las supremas separaciones es cuando más suelen desencajarse los artistas modernos. Existe



GRUPO ESCULTÓRICO PARA UN PANTEÓN

das al arte funerario, pretenden descender de aquellos maestros que no vacilaron en acercarse al más desnudo realismo para expresar el horror de la muerte. Pero en los antiguos sepulcros, aun hasta cuando todo el renacimiento de la vida parecía querer estallar en las obras de sus artistas, la agitación se subordina siempre a una ley general que la armoniza, la inmoviliza y la somete, y estas obras que parecen ser las más individualistas del arte, esas figuras transfiguradas por todos los dolores, todas las pasiones y todas las beatitudes, son sencillamente la ornamentación y el complemento de la potencia arquitectónica. Una actitud serena puede encerrar, en su apariencia casi inmóvil, todos los impulsos y todos los desgarros. El Cristo de Mateo Inurria nos parece inaudito. Habíamos perdido la costumbre de su serenidad, que, en lugar de someterse a lo transitorio de los gestos, recoge éstos y los eleva en su estatismo dominador. El arte nos ha dado a veces dioses más allá de la muerte; éste se halla más alto. Y todo en su torno se serena y se sublimiza. Los dos cuerpos postrados, menos símbolos para el sentido exterior de la obra, encierran el mundo para su sentido fundamental, el que inspiró al artista. Se prosternan—ellos—ante la figura cuya forma se amula, para que sólo vibren las manos y el rostro, palpar el espíritu.

Pero ya estamos lejos de la penitencia medioeval, y la carne ha resucitado victoriosa en nuestros renacimientos. Se prosterna la forma, pero se ostenta su belleza, su belleza no martirizada.

Y, sobre todo, que nadie pronuncie aquí la palabra de neo-cristianismo. Quizás, frente a las imágenes de hoy, no encaje el Cristo de Inurria en la estrechez de ninguna norma ni estética ni moral. Su monumento es de los pocos que uno podría consentir para el recuerdo misericordioso de un ser querido: con esto basta.

Margarita NELKEN

EL ENDIABLADO PERIQUÍN

Cuando el padre de Periquín supo que iba a tener un hijo, a poco si se queda calvo de tanto tirarse de los pelos. Y el caso no era para menos, porque el oficio de leñador apenas si da para engañar el hambre con unos cuantos tragos de vino, y aquel año las subsistencias estaban por las nubes.

—¡Quién sabe!—decía su pobre mujer, sacando fuerzas de flaqueza—. Dios se compadecerá de nosotros y nos lo enviará con un panecillo debajo del brazo.

—¡Si el demonio quisiera hacernos el regalo que tú le pides a Dios, el alma del chico le entregaba!

Nunca lo dijera. El diablo, que tal oyó, aparecióse luego en la cabaña del leñador, con tal estruendo de truenos, tales relámpagos y tal olor a azufre, que poco faltó para que con el susto se malograsen las esperanzas maternas de la leñadora.

Elo es que cuando la pobre mujer volvió en sí, ya no era tiempo de impedir el pacto infernal. El diablo había desaparecido y el leñador estaba durmiendo la mona.

El chico nació con un panecillo debajo del brazo.

Sucedió en esto que el rey de aquel país mandó un buen día que por todo el reino salieran sus heraldos con sendas trompetas pregoneras del fausto nacimiento de una princesa, linda como ninguna, pero tan llorona que no había teta ni biberón que la callara. Despierta día y noche, los médicos de palacio no acertaban con la causa de llanto tan pertinaz; tres ministerios consecutivos presentaron la dimisión, y se suspendieron las garantías constitucionales en todo el reino.

Anunciado que fué un premio a quien lograra dormir a la real infanta, el leñador y la leñadora, que con su pequeño pasaban a la sazón por la capital, camino del primer puerto en que poder embarcar para América, quisieron probar fortuna y se aventuraron a solicitar la admisión en el concurso a favor de la leñadora, excelente nodriza de su hijo.

Y quiso su buena estrella que, no bien tomó la infanta a sus pechos, meciéndola con dulces nanas, la real lloroncica dejó de llorar y se quedó tranquilamente dormida.

El presidente del Consejo de ministros puso a la firma del rey un decreto concediendo a la leñadora el privilegio especialísimo de que a su hijo, *moro* aún por falta de cura que lo bautizara en el monte, le fuera administrada el agua en la misma pila y en una sola ceremonia con la real princesa, por el propio arzobispo de Constantinopla.

Y así se hizo. Pero, ¡cuál no sería el asombro de los circunstantes cuando, luego de extendida la partida de bautismo de la princesita, y no bien firmada la del leñadorcillo, una mano invisible arrancó la hoja en que estaba inscrita la de Periquín, dejando chamuscada la página de al lado, en que ya constaban los nombres de Blancaflor, María Francisca, Fernanda, Carlota, Clotilde, Teodora, Catalina, Cristina, Ana, Isabel y Todos los Santos, impuestos a su pequeña alteza!

Soliviantado el pueblo con el inaudito suceso, no se contentaron con menos las turbas que con arrastrar al leñador, víctima de su pecado, escapando milagrosamente con vida su mujer, que con el niño en brazos dióse a correr a campo traviesa.

La princesa, en tanto, no volvió a despertar desde que la durmió la leñadora. Llamados a consulta todos los doctores del rey que rabió, no supieron hallar remedio ni ponerse de acuerdo sobre el caso. Las hadas madrinas de la princesa diagnosticaron el hechizo y aconsejaron al rey que pusiera buena guarda a la princesa, hasta tanto que llegara el valiente digno de conquistar su mano despertándola con un beso de amor.

Elo es que, custodiada por cien negros con cien alabardas y un dragón colesal, creció la dormida princesa en medio del bosque real, circundado de llamas y gases asfixiantes, que impedían acercarse a los simples mortales.

Pasaron, pues, los años pidiendo la leñadora y su hijo por los caminos el sustento diario a que proveía la caridad de



ciudad de caminos donde estaba el cura del lugar, que jinete en un borrico volvía de cazar perdices, se le acercó con desparpajo, y en pocas palabras le contó su apuro.

Pero el pobre cura, que era de los de misa y olla, no se atrevió a dilucidar caso tan grave, y sólo supo aconsejarle que fuera a Roma a ver al Padre Santo.

Anda que te andarás, como a Roma van a parar todos los caminos, al cabo de muchos días, meses y años, Periquín supo llegar al mismísimo Vaticano.

Y como no conocía la vergüenza, se coló de rondón hasta la cámara del Papa.

El cual, así que lo oyó, mandó que durante siete días y siete noches todos los cardenales estudiaran en la biblioteca vaticana si había algún precedente



las buenas gentes. Periquín siempre estaba contento, y su madre siempre triste y llorando. Periquín no sabía a qué atribuir aquel continuo llanto, toda vez que, como no podía recordar mejor vida que la que llevaba, el mundo era estrecho para su deseo. Hasta que un día supo, al fin, su triste origen y la eterna condenación que sobre su alma pesaba desde que el diablo arrancó del libro parroquial su partida de bautismo.

—No se apure, madre, que yo lo arreglaré—dijo.

Y como acertase a pasar por la encru-

conforme al cual resolver tan grave cuestión. Pero los libros nada decían. De suerte que el Sumo Pontífice aconsejó al buen Periquín que fuese a ver a un santo eremita de la Tebaida, que acaso pudiera sacarle de dudas.

Periquín, anda que te andarás, llegó donde el santo eremita, que a la sazón estaba almorzando el pan cotidiano que un negro cuervo traía del cielo en el pico.

—Mira, hijo—dijo el santo eremita, una vez que Periquín concluyó su relación—; yo, del demonio, nada sé, entre-

gado como estoy a la meditación y al ayuno. Pero ve en busca de mi hermano Alí Babá, que es capitán de ladrones, y quizá él, que debe estar en buena relación con Satanás, pueda recomendarte lo que convenga.

Dicho y hecho. Periquín, después de mucho andar, llegó a la cueva de los cuarenta ladrones, y sin más, expuso sus cuitas al capitán. Alí Babá sintióse tocado en el corazón por aquel chico tan despierto, y dando una gran patada en el suelo, al punto se le apareció el propio Pedro Botero con todo su infernal aparato.

—Amigo—dijo el ladrón al diablo, sobre poco más o menos—: aquí está este pobre chico, muy compungido porque su padre te vendió su alma inocente. Yo te doy a cambio de ella la mía con la de mis cuarenta ladrones.

Al demonio le pareció de perlas el trueque, y llevándose consigo a Periquín en rápido y espantoso viaje a las regiones infernales, le entregó la partida de bautismo arrancada del libro parroquial. Con lo que el chico se volvió tan contento por el mismo camino.

Y sucedió que al llegar donde el santo eremita, de la Tebaida, se lo encontró todo malhumorado, porque era bastante más de medio día y el cuervo, de ordinario tan puntual, no había aparecido aún. Llegó en esto el pajarraco con su pan en el pico, y al regañarle el eremita por su tardanza, contestó el ave, hablando maravillosamente:

—¡Es que tú no sabes el jolgorio que hoy tenemos allá arriba! Porque, perseguidos y muertos a tiros por la Guardia civil Alí Babá y sus cuarenta bandidos, en el último momento se han encomendado a Dios y se han salvado para la eternidad.

—¡Cómo se entiende!—se dió a gritar el eremita—. ¡De modo que me estoy yo aquí años y años haciendo méritos, sin que Dios me llame a su seno, y mi hermano, que era un bandolero, se va calzadito a la gloria en un decir Jesús! ¡Está eso bueno!

Y no dijo más, porque Dios, para castigar su soberbia, permitió que se muriera allí mismo y que el diablo se lo llevara de patitas al infierno.

Periquín, que tal vió, echó a correr cuanto podía. Y corriendo, corriendo, llegó hasta la finde del bosque cercado de llamas. ¡Pero qué podían asustarle a él aquellas fogatillas, hecho como estaba a la vista del espectáculo de las calderas de Pedro Botero?

Irrumpió, pues, valientemente por entre los gases y las hogueras, cuya virtud defensiva cedió al denuedo de Periquín, y sorteó con ligereza las acometidas del terrible dragón, al que mató de media estocada lagartijera, lo cual bastó para que los cien negros depusieran sus alabardas y le permitieran llegar al lecho de la bella dormida. Le dió un beso y se encendió el bosque en mil pintadas flores y trinos de pájaros maravillosos. Y de allí a ocho días, en la misma iglesia catedral donde los bautizó el arzobispo de Constantinopla, se casaron, apadrinados por el rey y la madre de Periquín, que por los bandos reales pregonados por los heraldos palatinos se había enterado de la gloria de su hijo y corrido a su encuentro.

Y aquí da fin El endiablado Periquín.

O. RIVAS CHIRIE

Dibujos de BARTOLÓZZI.

~ Panderetas ~ Sevillanas ~



LA CORRIDA

¡Encanto luminoso de las corridas!...
¡Entre mantillas blancas y madroñeras,
las rosas, en los senos, son como heridas,
e incendian los claveles las cabelleras!...

Como mantos reales llevan prendidas
del mantón de Manilla las primaveras,
de pájaros y rosas de oro floridas,
a sus bustos morenos las cigarrerías.

¡Y cuando las cuadrillas riman su paso
al son de un pasodoble vivo y sonoro,
alegre como el vino de Andalucía,

cada traje es un iris de seda y raso,
que a los besos de llamas de un sol de oro
se derrite en cien iris de pedrería!...

REVERTE

¡El popular forero de los cantares,
de talle de palmera y ojos de moro,
todo resplandeciente de seda y oro;
bajo los refulgentes rayos solares,

con su muleta barre los costillares,
mientras Sevilla entera le aplaude en coro
y airado se revuelve, bramando, el toro,
rozando con sus astas los alamares!...

¡Liada la muleta tiene Reverte,
y enfilado el estoque para dar muerte
y tender a sus plantas a su enemigo!...

¡Y, rasgando el silencio, de pronto, suena
una voz femenina, nota de pena:
—No te tires, Reverte; vente conmigo!—



PASTORA IMPERIO

Tienes de la Giralda la gentileza,
de la Torre del Oro la bizarria,
y el sol que tuesta el trigo de Andalucía
hizo moreno el mármol de tu belleza.

La Puerta de la Carne te dió majeza,
Triana puso en tu alma su alma bravía
y el Alcázar la regía melancolía
de una Arabia de ensueños y de tristeza!...

Cuando danzas, creando nuevos hechizos,
y palideces bajo tus negros rizos,
y de tus grandes ojos en el misterio

la esmeralda de Egipto más clara brilla,
¡no eres tú la que danzas... danza Sevilla,
pues Sevilla se llama Pastora Imperio!...

LA REJA

¡Cuajada de claveles y de azahares,
de nardos, de jazmines y yerba-luisas,
las rejas andaluzas son como altares
donde el amor celebra sus blancas misas,

entre mieles de besos y de cantares
y éxtasis de suspiros y de sonrisas,
mientras nievan los rayos plenilunares
y bautismos de aromas vierten las brisas!...

¡Pasa, hermano, y no mires a esa ventana,
que las negras pupilas de una gitana,
traccioneras te acechan entre sus flores!...

¡Y, ceñido de espinas, yo me he dejado;
en la cruz de una reja, crucificado,
el amor más intenso de mis amores!...

SAN TELMO

¡En la gloria de un cielo siempre azulado,
como sobre el esmalte de una turquesa,
te alzas majestuoso, joyel labrado
para los desposorios de una princesa!...

¡Una vieja leyenda de amor finado
en tus regios jardines suspira presa,
y, al recordarla, el Betis, emocionado,
con sus claros zafiros tus flores besa!...

¡Palacio de San Telmo!... ¡Tus capiteles
con estrofas de nardos y de claveles
un poema de amores guardan impreso;

y te adora Seylla, porque conoce
que oyeron tus cancelas el primer beso
de la reina Mercedes y Alfonso Docel!...

Francisco VILLAESPEÑA

IMPRESIONES DE UN LECTOR

Versiones de Maragall

La Editorial Cervantes, de Barcelona, ha publicado un pequeño volumen de traducciones castellanas de Maragall. Han colaborado en él Enrique Díez-Canedo, Luis Fernández Ardavin, el peruano José Gálvez, Gloria García Giner, Fernando Maristany, Eduardo Marquina, Alfonso Maseras y Matilde Ras. No figuran en esa colección aquellas poesías en que Maragall, excepcionalmente, hizo predominar la musicalidad de la expresión sobre el estado de alma que intentaba comunicar; así faltan en el libro *La Sardana* y los *Gozos a Nuestra Señora de Nuria*. Las notas capitales que nos revelan al gran poeta en esa versión forman una gama de tonalidades, cuyas notas típicas son: el bucolismo panteísta y contemplativo (*Las Montañas*, etc.); la plasticidad de aquellos momentos cuya belleza les da categoría de inmortales (*La Vaca Ciega*); la herencia de la épica popular romanesca (*Juan Garin*); la poesía civil (el *Himno Ibérico*, la *Oda a España* y, sobre todo, la *Glosa*, esa maravilla, entronque ideal entre el sentido profético del poeta, la transfiguración de los elementos naturales y el aliento de las colectividades humanas); y, en fin, el *Canto espiritual*, que encierra todo el sereno optimismo, toda la profunda conformidad terrena de Maragall, en quien el romanticismo confluyó armoniosamente con la más pura filiación platónica, conforme a la doble personalidad pagana y romántica de su maestro Goethe, y bien a la inversa de aquel otro romántico de estirpe clásica, torturado por el *tædium vitae*, y que se llamó Leopardi.

Notas a Alfonso Reyes

Alfonso Reyes ha publicado tres volúmenes de pequeños ensayos: el primero, con el título de *El Cazador*, y los otros dos, con el de *Simplicidades y diferencias*. Otras veces me he referido ya a la personalidad de Alfonso Reyes, cuyo gran vigor subjetivo sirve de excusa a una copiosa erudición.

La unidad de asunto en esos libros está en la persona del autor, en la continua proyección de un espíritu iluminador y penetrante. Por eso no voy a hacer ahora crítica de críticas, formulando opiniones de conjunto sobre libros tan multifórmes. Me limitaré a trasladar aquí algunas de mis notas marginales, escritas al azar de la lectura.

Por de pronto, encuentro un rasgo que puso mi lápiz al borde de unas palabras que me parecen la más afortunada redacción a imagen que se haya hecho sobre Don Francisco de Quevedo, parafraseando la frase de Menéndez y Pelayo, que decía que el estilo de Quevedo parece una perenne danza de los muertos. Voy a transcribir, simplemente, las palabras de Alfonso Reyes: «Sólo el chasquido de los huesos regocija al señor de la Torre de Juan Abad, como el repiqueteo de las castañuelas al cetrino Agapito. Quevedo pasó por la vida del brazo de la muerte. Todo él es un corolario del humano esqueleto, o más bien, el mismo es algo como un esqueleto con gafas que posea, la guadaña al hombro, cojeando ligeramente, por la desolación de ambas Castillas. Mirase, a lo lejos, un golfo, encanecido de huesos, no de espumas.»

Quiero señalar también un curioso estudio sobre *volatería literaria*, singularmente sobre el tópico del ave Fénix entre

los poetas españoles del siglo XVII, el cual representó lo que el cisne entre los actuales, sobre todo desde Rubén. (El ave Fénix, curiosa confusión léxica de la palmera, *Phoenix*, que renace de sus cenizas con un supuesto volátil.) *Estrella de pluma y pájaro de luz* llamó Quevedo al ave Fénix al tiempo que Calderón estilizaba también el ave en general: *Flor de pluma y ramillete con alas*.

Otro estudio digno de nota: «De Virgilio, considerado como fantasma.» Realmente (mejor dicho, idealmente), podría escribirse una Vida ulterior y legendaria de Virgilio, más fantástica que la Vida poética de Carlomagno, tan bellamente reconstruida por Gastón Paris. Virgilio, hechicero, profeta, cristiano sin saberlo, poco menos que Padre de la Iglesia. Dante infundió forma inmortal a esa leyenda dispersa, en la cual encontramos algún tema de antiguos conjuros mágicos, como la gran mosca de bronce con que el poeta puso fin a una plaga de moscas—visible influencia de la serpiente de metal con que Moisés conjuró la invasión de las serpientes de fuego (Números XXI, 6-9)—; y algún tema de vulgares burlas, como el de Virgilio metido en una cesta y suspendido en el aire, engaño digno de las comadres de Windsor y del cual se hizo víctima, en nuestros días, al Quevedo de la leyenda popular.

Encuentro, repasando esos volúmenes, otra página con notas marginales de mi mano. Se refieren a unas conclusiones de M. Victor Bérard (el erudito intérprete de los mitos odiseicos) sobre la interposición de Alemania en la marcha general de la conciencia europea. Los rencores de la guerra han influido excesivamente en esa visión, que Alfonso Reyes transcribe sin comentario. Véase: «En el siglo XV se intenta la reforma religiosa; en el Occidente, en el mundo de tradición grecolatina, el intento es el calvinismo, la libertad de discusión y razonamiento. En el Oriente, la reforma se inclina hacia el logro de la mayor fraternidad y la mayor equidad. Entonces aparece el luteranismo, autritario y aun monárquico, contrario a la libre discusión; y la reforma religiosa fracasa. Durante el siglo XIX se intenta una reforma política fundada en los principios de la nacionalidad y la democracia. Y Bismarck logra fundar, forzándolos, un imperio. Ahora se intenta una reforma moral y social, que en el Occidente (Proudhon) es jurídica e intelectual, y en el Oriente (Tolstoi) es sentimental y apostólica. Como elemento de complicación se interpone Karl Marx.»

¿No hay, en verdad, una profunda injusticia en considerar a Calvino como elemento de tolerancia por oposición a Lutero? ¿Y no es más enorme todavía la injusticia al equiparar a Carlos Marx con Bismarck como interruptor de los grandes impulsos universalistas? Muy al contrario de lo que afirma M. Bérard, el impulso luterano del libre examen fermenta luego en la misma Francia, y la hace estallar en el gran movimiento irradiador de la Revolución; y Carlos Marx, no Bakunin, ni Kropotkin, ni Tolstoi, suscita en nuestros días el otro formidable movimiento irradiador de la Revolución rusa.

Quiero acabar extrayendo de esos libros de Alfonso Reyes estos pensamientos de feliz expresión:

«Nosotros no existimos; la Natura-

leza se encarga de existir en nosotros.»

«La humanidad superior está como algo desasida de la tierra que pisa, y el dato geográfico le es lejano.»

Y séame, en fin, permitida lamentar que, por una fatalidad histórica de la cual no sabría consolarme, no puedo creer en esta afirmación del amigo Reyes: «La guerra hispanoamericana de 1898

dió a España una visión clara y profunda de su política presente, una severa valoración de su pasado, un admirable estímulo de renovación para el porvenir...»

¡Ah, cuán lejos estamos de semejante retorno sobre nosotros mismos, colectivamente!

Gabriel ALONSO

HOSPITALIDAD ÁRABE

I

YECID—hijo de Abdala—, de una de las tribus de Yemen, era un beduino joven, tostado por el sol, esforzado y valiente. Durante los breves períodos de paz solía aventurarse por el desierto en la noche, solitario y sereno, a caballo y armado de su alfanje y su lanza. Iba en busca del chacal que aullaba en la distancia, hambriento y en acecho, pronto a caer sobre el ganado de las tribus errantes, acampadas en la llanura.

Por la meseta—sin fin, matizada de matorrales resecos, el fogoso corcel de Yecid galopaba con tan brioso empuje, que parecía desbocado, y sobre la grupa, flameando como bandera de paz, el blanco manto del jinete en la carrera alzabase removido por el aire abrasado del desierto. De pronto, la luna se ocultó tras una nube cárdena, y el joven beduino refrenó su cabalgadura al aproximarse a un bosquecillo de palmeras. Con elegante agilidad apeóse Yecid de un salto. Puesto el oído en tierra, escuchó atentamente. La fiera no estaba lejos. El corcel tenía ahora estremecimientos involuntarios, como atemorizado. La nube cárdena habíase hecho ancha y negra, arrojando una extensa sábana de sombra. El silencio mismo, en la majestad ilimitada del desierto, proyectaba un vago terror. Yecid se alzó del suelo y hundió los dedos en la sedosa crin del animal, murmurando amorosas palabras para tranquilizarlo. Era su compañero fiel, que en cien combates habíale salvado en los momentos de peligro. Pero el noble bruto tenía esta noche una extraña agitación inquietante. —Tal vez—dijo Yecid—la muerte se cierne invisible sobre nosotros. Mi amada y dulce Nisa tuvo hace tres noches un espantoso sueño. Esta misma tarde me rogaba con lágrimas que no me alejase demasiado... ¿Quién sabe!

En la soledad del desierto ningún rumor se alzaba. Por largo espacio permaneció el beduino callado, como en meditación. Luego, un aullido—como una flecha doliente y sonora—, un lastimero aullido, vino desde la lejanía. Desgarróse la nube con un relámpago y un trueno, y apareció el furioso e imponente huracán.

Sobrecogido de espanto, el beduino sólo pensaba ahora en regresar a su tienda. Montó a caballo. El animal partió sin rumbo, como enloquecido. Golpeaba la lluvia. No iba aún mediada la noche.

II

La tempestad enciende en los hombres, hasta en los más incrédulos, la fe en lo sobrenatural. El sentimiento religioso, casi apagado en el beduino, parecía iluminarse por misteriosa antorcha. Desorientado en el desierto, sólo podía salvarle el poderoso instinto de Yem—su caballo—, cuya carrera no había cedido en velocidad ni en violencia, devorando la arenosa llanura, batida por el furioso viento y por un verdadero diluvio. A la luz de un relámpago vieron a lo lejos las blancas tiendas de una tribu acam-

pada. ¿Era la tribu de Yecid? ¿Era una tribu enemiga? No lo sabía el hijo del desierto ni hubiera podido torcer entonces la ruta de Yem, que se acercaba ahora con una seguridad inequívoca en su vigorosa carrera.

El caballo empezó a refrenar su marcha. Tal vez oía el balido medroso de los rebaños de la tribu, o bien había olatado los establos o el hacinamiento de los camellos en las cuadras.

El jinete gritó:

—¡Auxilio, auxilio!

Alzóse a poco la lona de una tienda. Parpadeaba al fondo la lengua amarilla de una luz de aceite.

—Pasa, quien quiera que seas, y que la paz sea contigo.

—Que la paz sea contigo—contestó Yecid, entrando.

III

En aquella tribu caisita como en todas las tribus del Hichaz—descendientes de Maad—alimentábase un odio terrible contra los yemenitas o calitanidos. Era un infinito odio secular, odio sin ejemplo ni memoria de nada semejante ni comparable; un salvaje y envenenado odio de hienas, que en el campo de batalla se acometían con ímpetu, se mutilaban, se devoraban frenéticamente.

Con la punta de mi cuchillo—decía un poeta, *cahtanida*—arranqué brutalmente el corazón de tu padre y después lo hice pedazos. ¡Tanto hambre tenían los perros! Recuerdo la mirada de súplica, aquella última mirada de tu padre cuando afirmé mis rodillas sobre su vientre... No tuve compasión de él...

En los combates lanzaban unos profundos aullidos salvajes como fieras hambrientas. En las escaramuzas preliminares de las grandes batallas, si diaban cara a un enemigo de las avanzadas, complacíanse en mutilarle y le enviaban a su jefe, diciendo:

—Porque eres un perro, hijo de perro, y mandado por otro perro. Anda, espía, y dale ese recado.

Rendido de cansancio, Yecid había caído en un sueño profundo, y, aunque era ya bien entrada la mañana, los moradores de la tienda—para no despertarle—hablaban quedo, sin removerse apenas. Dormía el beduino con aquella dichosa confianza que le prestaba la legendaria hospitalidad entre los moradores del desierto. Junto a la cama habíale puesto un cuenco de leche de camella y grandes trozos de pan con miel. Fuera de la tienda, los jóvenes disponíanse a conducir el ganado al lugar de sus pastos y comentaban los estragos de la tormenta pasada.

Como el anciano que había prestado hospitalidad a Yecid se dispusiera a sacrificar en honor de éste la mejor de sus reses, cundió al punto la noticia, y, movidos a curiosidad por conocerle, acercábanse algunos y retardaban otros su salida hacia el campo.

—¿Es un viajero extraviado?

Los que van hacia Medina toman
siempre esta ruta—dijo uno.

—Acaso un hermano de la tribu de
Yemita?

—Y si fuese un yemenita? —exclamó
el árabe joven, de tostado rostro y fieras

—No lo sé ni me importa—replicó Abu-
Zaid. El que duerme en nuestra tribu

es un hermano, aunque haya sido nues-
tro enemigo.

El severo y enérgico gesto de Abu-Zaid
inspiró respeto y silencio entre el corri-
do de curiosos. En este punto apareció

la puerta la arrogante figura de Yecid.
—Que la paz sea contigo—dijo el an-

—Que la paz sea con todos—replicó el
yemenita, inclinándose gentilmente—.

—Soy Abu-Zaid, el caisita. Tú eres Ye-
cid, hijo de Abdalá. No hace quince días

estábamos en guerra; pero nada temas,
porque eres mi huésped.

El yemenita no pudo reprimir un invo-
luntario movimiento de sobresalto, y pa-

—En el último combate—dijo el caisita—
tu lanza atravesó el cuerpo de mi hi-

—Yecid; pero no temas, porque eres mi
huésped; en la batalla librada en los cam-

pos de Cufa, tu padre, Abdalá, arrancó
con su puñal el corazón de Martí, mi her-

mano, el primer guerrero de nuestra tri-
bu; pero yo lo olvidaba ahora, porque
eres mi huésped; toda nuestra riqueza,
centenares de camellos y de carneros nos
fueron arrebatados traicionablemente por
vosotros en otro encuentro; pero todavía
conservo esta res, que sacrifico en tu ho-
nor, porque ahora, Yecid, eres mi hués-
ped y está salvaguardada tu vida por el
honor de todos mis hijos y de cuantos
me respetan y obedecen.

Hubo uno de esos silencios solemnes,
tan plenos de emoción que no se van nun-
ca de la memoria. La voz trémula del an-
ciano tenía, ya vibraciones coléricas, ya
nobles y rudos acentos; en las últi-
mas frases se ahilaba y apagaba en un
gemido tierno de una trágica dulzura, co-
mo de árbol recién abatido, cuya savia
sangra todavía.

Yecid estaba pálido y permanecía quie-
to, prodigiosamente inmovilizado en el
umbral, mudo y erecto como un hombre
de piedra. Los jóvenes árabes, aunque do-
minados por un gesto autoritario del jefe
caisita, revelaban sus ansias homicidas
en el relámpago colérico de sus ojos.

Cuando Abu-Zaid iba a hundir en el
cuello de la res la blanca hoja de su al-
fange, Yecid alzó la mano para detener
el golpe y se acercó.

—No consumes el sacrificio. No puedo
detenerme a celebrar con vosotros este
festín. Agradezco el honor que me ofre-
ces, venerable anciano; sin embargo, me
es imposible gozar un minuto más de la
hospitalidad de tu casa. Tengo prisa.

Apartáronse algunos pasos fuera de la
tienda y lejos de los grupos. El yemita
añadió en voz baja:

—Quiero rendirte el tributo de mi vida,
que ya estimo en muy poco. Quiero
que me acompañes hasta más allá del lí-
mite de tu campo, noble Abu-Zaid. Allí
cruzaremos nuestras lanzas y podrás ven-
gar a los tuyos, porque allí no seré tu
huésped.

—No—dijo el caisita, entregándole su
caballo—. Parte enhorabuena cuando gus-
tes. Nos volveremos a ver en el campo de
batalla. Nuestros odios de raza no se ex-
tinguen, y tal vez, antes de que la luna
se halle en menguante, nos veamos de
nuevo.

Roberto MOLINA

LECTURAS

Con el título de *Campón*.—Su arte y su
odisea, se ha publicado un curioso libro,
que prologa nuestro ilustre colaborador

Fernando López Martín, y en que ofren-
dan su simpatía al popular artista Pedro
Campón conocidos y elogiados literatos.

En amenos trabajos de prosa y verso
se pone de relieve la saliente figura del
gran bohemio Campón, quien cierra el
libro con una saladísima autobiografía y
una marcha triunfal, en que este «aven-
turero del arte» pone en solfa su propia
vida bohemia.

El libro lleva muy curiosos y artísticos
dibujos.

(X)

Reciente el éxito del tomo de poesías
Rosas de otoño, su joven autor, Cecilio
Benítez, acaba de publicar una intere-
sante novela, titulada: 32, *encarnado*.

(X)

La Biblioteca Plon, de París, ha pu-
blicado últimamente las novelas *L'Ecole
des mariages*, por Edmond Jaldoux, y
Le cœur de Rome, de F. Marion Crawford,
traducida del inglés al francés por Ber-
nard Derosne.

Advertimos a los señores que nos hon-
ran con su colaboración espontánea, que
«en ningún caso» nos es posible devol-
ver los originales no solicitados ni man-
tener correspondencia acerca de ellos.

Las selectas producciones que se impondrán esta tempo-
rada por sus finos argumentos, lujosa presentación e irrepro-
chable conjunto pertenecen al

PROGRAMA VERDAGUER

para el que trabajan los mejores artistas del mundo entero.

Sucursal: Plaza del Progreso, 5.—MADRID

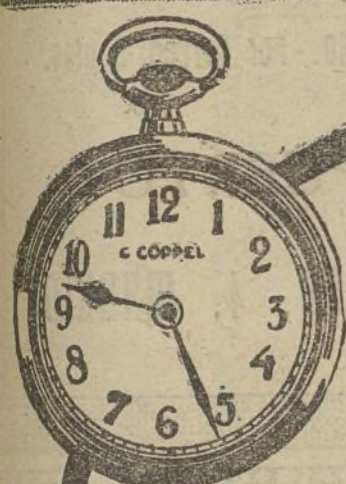
Casa central: Rambla de Cataluña, 23.—BARCELONA

NERVIOSINA DE T. GONZALEZ

De venta en
farmacias

Manuel López
FABRICANTE DE MUEBLES

Serrano, 17 :—: Ayala, 60



LOS PRODUCTOS
DE L
FÁBRICA DE RELOJES
DE

C. COPPEL

MADRID-FUENCARRAL, 27

REUNEN LAS CUALIDADES DE
EXACTITUD, SOLIDEZ Y ELEGANCIA

Certificado de garantía
con cada reloj



A UNA BUENA MADRE NO LE BASTA CON DAR
UN BUEN ALIMENTO A SU HIJO; QUIERE DARLE

EL MEJOR ALIMENTO

y esto sólo lo conseguirá con la NUTREINA y los diferentes productos, a base
de plátanos, que prepara la Sociedad Española NUTREINA.
Todo el Cuerpo Médico lo reconoce así; consúltelo usted y se convencerá de
que es el alimento que más conviene a su hijo, porque favorece el desarrollo
de los niños y los hace fuertes y robustos.

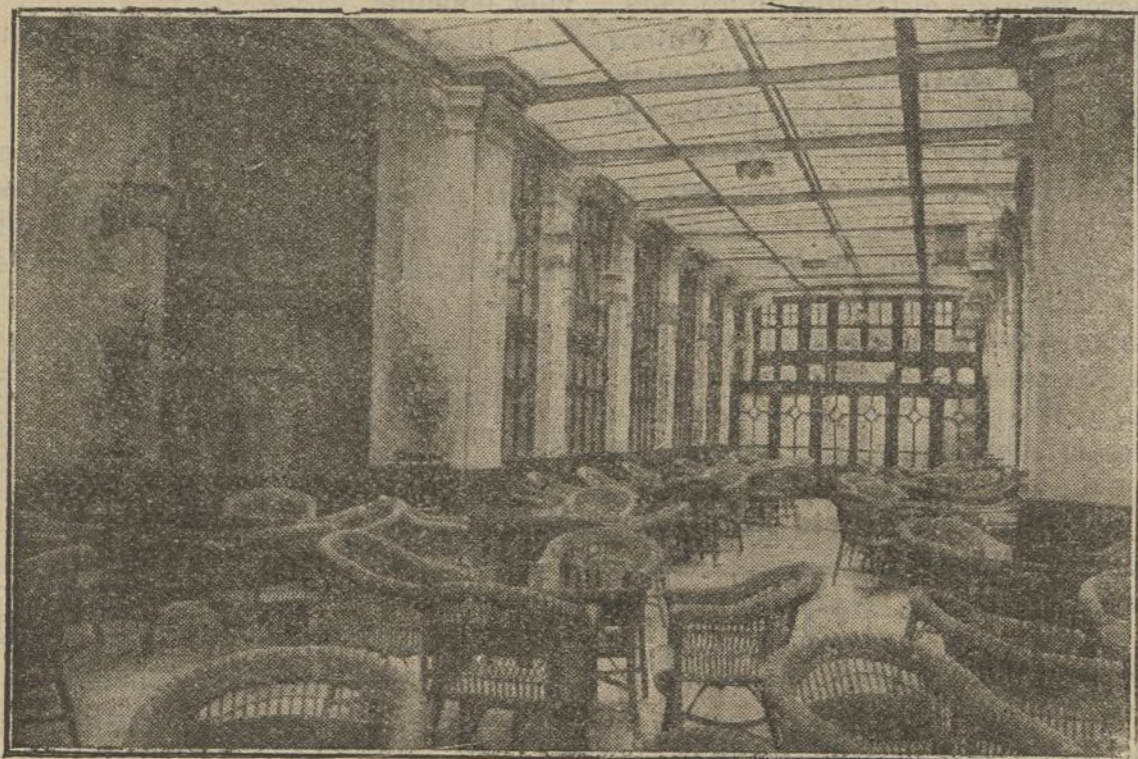
De venta en farmacias y buenas tiendas de ultramarinos. Contra envío 6 pesetas,
se remiten franco estación, dos cajas grandes.

ALBERTO AGUILERA, 50.—MADRID

GRAN HOTEL PARÍS

OVIEDO

Asturias :- España.



Vista del «Hall» del Hotel de París.

Hotel montado con todas las exigencias modernas de lujo, higiene y confort, capaz para 100 habitaciones.
Las grandes reformas llevadas a cabo le permiten competir con los primeros del Extranjero.
Dormitorios de lujo inusitado. — Brasserie en el Hotel. — Orquesta en el espléndido Hall. — Salas de baño. — Teléfonos urbanos e interurbanos. — Salas de lectura. — Biblioteca. — Cocina de primer orden — Servicio completo de automóviles.

Pensión completa desde 12,50 pesetas.

DIRECTOR PROPIETARIO:

= D. Manuel del Valle Díaz. =

CALLOS

Si sufre usted de los pies es porque quiere. Compre hoy un tarro del patentado

UNGÜENTO MÁGICO

y en tres días se verá usted libre de callos y durezas, juanetes y ojos de gallo. Pruébalo y quedará asombrado.

Pídalo en farmacias y droguerías, 1,50. — Por correo, 2 ptas.

FARMACIA PUERTO

PLAZA DE SAN ILDEFONSO, 4, MADRID



CANSECOL

Es el mejor, más poderoso e inofensivo antineurálgico de todos los conocidos

Con este preparado desaparecen radicalmente los dolores de cabeza, oídos, muelas y menstruales

Su uso constante no da lugar, como el de otros similares, a trastornos gástricos ni ataques al corazón

:- De venta en todas las farmacias y droguerías -- Precio: Un frasco con dos dosis, 50 céntimos :-

AGUAS DEL INCIO

Análogas a las tan célebres de Spa, Bagnères de Bigorre, Pyrmont, etc.

Curan anemia, enfermedades por debilidad, propias de la mujer, y cuantas manifestaciones origina el agotamiento nervioso.

= BÓVEDA (LUGO) =